

## LA CUESTION DE LAS MASAS

En los dos últimos meses se ha agudizado la "cuestión de las masas" no como discusión teórica sino como interpretación política y como práctica social. El aumento de las huelgas y la radicalización de las mismas con acciones que van desde las pintadas a los incendios de buses, desde las tomas de lugares de trabajo a la detención de representantes de las patronales, desde las manifestaciones pacíficas a la movilizaciones combativas, plantean de nuevo la cuestión de las masas y el papel que les corresponde en el momento actual.

Pareciera que ésta es una cuestión resuelta para el movimiento revolucionario. Después del período 1975-1980 en que una sistemática campaña de politización y organización logró la consolidación de un poderoso movimiento de masas, configurado en la Coordinadora Revolucionaria de Masas (CRM), cuya manifestación más notoria fue la puesta en las calles de San Salvador en enero de 1980 de más de 100,000 personas, la mayor parte de ellas campesinas, y después del siguiente período en que tanto por razones represivas de la Junta y de los escuadrones de la muerte como por razones de militarización impulsadas por el FMLN desaparece casi por completo, en las zonas no controladas, el trabajo con las masas y la presencia organizada de las mismas, entraríamos ahora en un nuevo período, en el que las masas volverían a cobrar su peculiaridad y su responsabilidad política para lograr sobrepasar el impasse de la guerra y, más en general, el estancamiento del proceso histórico salvadoreño.

Por lo mismo este movimiento de masas cobra para el gobierno y las fuerzas de la derecha la apariencia de un puro frente de masas, que no es sino la fachada del propio movimiento revolucionario. No es ni siquiera el brazo político y democrático del FMLN, como incorrectamente se le interpreta al FDR, sino lisa y llanamente otra forma de presentarse el FMLN: a la violencia de la guerrilla en la montaña y en la ciudad con sus armas, minas y sabotajes se juntaría la actividad del frente de masas, cuyo objetivo principal sería desestabilizar al gobierno, debilitar sus posibilidades de lucha armada y finalmente posibilitar una insurrección popular o, al menos, una situación que obligara al gobierno y a sus aliados a una negociación con el FMLN-FDR en vistas a un gobierno de amplia participación, que sustituye



ra al actualmente presidido por el ingeniero Duarte.

Creemos que ambas concepciones son erróneas y parciales. Si el FMLN pretende de las masas que en el fondo y en la forma se subordinen orgánicamente a los planteamientos de sus cúpulas militares y a sus planes de guerra, estarían olvidando la importantísima lección histórica que se desprende del período 1975-1982 y estarían limitando gravemente el papel autónomo que las corresponde. Si, por su parte, el gobierno piensa que la cuestión de las masas, tal como se está presentando hoy, se reduce a una provocación revolucionaria, estaría de nuevo de espaldas a la realidad, a pesar de sus intentos de crear su propio frente de masas, al que también quiere subordinado a su estrategia general. Finalmente, si las propias masas aceptaran lo que de ellas quieren y buscan el FMLN y el gobierno, se estarían traicionando a sí mismas y dejarían, por lo tanto, de contribuir, como deben, tanto a su propia liberación como a la solución general del país.

No pretendemos con esta esquematización decir que se ha de buscar un término medio para las masas entre lo que pretende el FMLN y lo que pretende el gobierno, ni siquiera pretendemos asegurar que ambas posiciones sean igualmente erróneas o simplemente que el FMLN y el gobierno no tengan derecho a tener su propia política de masas. Lo que pretendemos más bien es buscar qué papel les corresponde a las masas porque las condiciones objetivas así lo reclaman y porque así lo deciden ellas mismas, lo más lejos posible de toda forma de consignas venidas de fuera. Si organizadas las masas y conscientes de lo que necesitan y quieren, deciden poner su fuerza al servicio de un proyecto o de otro y en alianza con un poder u otro, ya no habría nada que objetar, aunque sí convendría seguir advirtiendo que nunca deben abandonar su propia identidad, porque nadie tiene más derecho que ellas a decidir su propio destino y a elegir los medios aptos para realizarlo. Sirvan para ello las siguientes reflexiones, sacadas no de dogmas supuestamente científicos sino de la experiencia histórica, que ha vivido en estos años el pueblo de El Salvador en una situación de extraordinaria densidad histórica, que merece mucho tenerse en



..

cuenta por su validez teórica y por su fuerza aleccionadora.

Acceptamos provisionalmente el término "masas" como indicativo del problema, porque es el usual entre nosotros, no obstante su carga negativa aun en el mejor de los casos. Las masas para el FMLN o para el sandinismo -las masas divinas- no son en la práctica, más allá de la teoría y de la retórica, ni los sujetos hegemónicos ni los autodesinatarios del proceso histórico, sino en el mejor de los casos aquellos por quienes se mira y cuida, aquellos que justifican en su necesidad opresiva y represiva la revolución, aquellos que participan subordinadamente en los procesos sociales, políticos y militares; en el caso de El Salvador, las masas se diferencian de la guerrilla propiamente tal y difícilmente se hacen presentes en la alta dirección de las organizaciones que la conducen y que establecen cuál va a ser la estrategia, la táctica y aun la maniobra; esto no quita para que sean respetadas y para que se busque para ellas los mejores bienes, siempre que éstos no pongan a la corta o a la larga en peligro la hegemonía del partido y de su vanguardia. Las masas para los gobiernos de turno, para las directivas de los sindicatos, para el IADSL, para los distintos partidos políticos son, ante todo, votos con que alcanzar el poder, fuerzas en que apoyarse para mantenerse en él o para llevar adelante determinados proyectos capitalistas y/o imperialistas y, en el mejor de los casos, justificación retórica o atención interesada en vistas a las elecciones. Y es que el término masa no ha perdido su sentido peyorativo, tan palmario en Marx y Lenin, o su sentido peyorativo-utilitario aprovechado por los distintos fascismos, que en el pueblo masificado y en la masa exaltada han encontrado su justificación democrática, logrando sustituir la contribución activa responsable con la aclamación litúrgica 'entusiasta' y enloquecida. Incluso la Iglesia, no obstante la inspiración contraria de la palabra de Dios que ve en lo ínfimo lo supremo, en lo más débil lo más fuerte, y en los menos sabios la mayor de las sabidurías, desconfía permanentemente del pueblo de Dios para poner toda su confianza en las jerarquías que lo conducen, reduciendo así en la práctica a la masa de los fieles a un papel inactivo e incapaz de operar sobre la dirección de la Iglesia institucional. El problema está en cómo superar toda esta negatividad que carga no sólo sobre el término 'masa' sino



sobre la realidad misma de las masas, no para que dejen de serlo en lo que tiene de real y de positivo sino para que superen sus deficiencias y, sobre todo, para que alcancen el puesto que les corresponde en la conducción de sí mismas y en la conducción de la historia.

1. La memoria vigilante y aleccionadora.

No hay en El Salvador todavía ningún estudio suficientemente responsable de lo que ha sido el movimiento de masas y las organizaciones populares en el período 1975-1982. Lo que sobre ello se ha escrito se ha hecho con prisa, con desconocimiento de muchos datos y de la relación compleja de los mismos, con mucho subjetivismo emocional, con las típicas desviaciones de un intelectualismo juvenil de izquierda y con mucha parcialidad. Quienes más lo vivieron ya han muerto o se han pasado a otras formas de acción sea fuera del país -intelectuales o no-, sea dentro de él. Sin embargo, es menester no olvidar aquella experiencia. Hoy se dice que se la quiere, no repetir, pero sí revivir. Lo que entonces fue un movimiento de masas sin ejército debería ser hoy un movimiento de masas distinto porque cuenta con el apoyo de un fuerte ejército revolucionario; lo que entonces, sobre todo en su primer etapa, fue un movimiento predominantemente campesino, debería ser hoy un movimiento hegemónicamente obrero y urbano. El gobierno también y otros políticos ven en algunos de los sucesos últimos del movimiento laboral, especialmente en el caso de la UNTS, un intento de revivir el pasado con muy pocas diferencias perceptibles, no obstante lo cambiado de la situación.

Sin embargo, algunos puntos esenciales parecen desprenderse de la experiencia pasada que deben constituirse en fuente permanente de una conciencia vigilante y aleccionadora para recuperar lo mejor de entonces y no caer en los tremendos errores, que dieron ocasión, aunque no fueron sus causas, a las tremendas masacres, cuya mayor condensación se da en el período 1980-1982.

El surgimiento de las organizaciones populares como alternativa tanto a los partidos políticos usuales como, en un primer momento, aunque de forma no buscada, a los movimientos político-militares o militares-político-



..

cos, es un gran logro de los años sesenta en El Salvador. Su carácter fundamentalmente campesino, su rápido crecimiento y su consolidación representan una importante novedad histórica y constituyeron un gran esperanza. Se apoyaron esas organizaciones en un campesinado profundamente religioso concientizado primero y lanzado a la organización después por la predicación de un cristianismo liberador. Quien mejor vio el derecho y la validez de este tipo de organizaciones, así como de sus peligros, fue Mons. Romero en su memorable carta pastoral "La Iglesia y las organizaciones populares" (1978) también suscrita por Mons. Rivera (cfr. Varios, Iglesia de los pobres y organizaciones populares, San Salvador, 1979). En muy pocos años y con muy escasos recursos FECCAS y UTC, que acabaron formando la FTC se constituyeron en un muy importante movimiento campesino con enormes potencialidades de crecimiento o de acción, si se hubiera seguido las pautas que le dieron nacimiento. Pero pronto se cometieron errores sustanciales. Entre ellos cabe señalar los siguientes:

- a) se abandono la conexión vivificante y al tiempo moderadora de las raíces cristianas del movimiento, considerando que ya se había entrado en otra fase donde el activismo político podía sustentarse y autorregularse por sí mismo;
- b) se olvidó el ritmo necesario de la siembra y de la cosecha prestándose a otros ritmos artificiales y extrínsecos;
- c) se aceptó como científica e indiscutible una interpretación de la realidad social y un manual de organización y de acción, que precisamente tenía como una de sus limitaciones fundamentales el mínimo aprecio de la peculiaridad campesina;
- d) se abandonó el problema real de la situación inmediata de los campesinos tanto en sus necesidades como en sus apetencias para lanzarse sobre problemas estructurales-nacionales para los que no estaban preparados ni como fuerza social ni como capacidad de dirección;
- e) se entró ya desde un principio en alianzas genéricas sobre todo con grupos de maestros y de estudiantes con el pretexto inexacto de que las necesidades y los intereses eran fundamentalmente los mismos, convirtiendo así el carácter bien definido de la situación campesina en un carácter abstracto común que englobaba formas muy distintas de opresión. Con todo ello quedó poco menos que desvirtuado ese tipo fundamental de movimiento de masas que era la organización popular campesina, de modo que pensándose en entrar a algo cualitativamente nuevo y superior, de hecho la organización misma



..

quedó desvirtuada y debilitada y últimamente desecha. Quienes pudieron huir hacia adelante fueron a integrar y subordinarse totalmente a organizaciones políticos-militares; quienes no lo pudieron hacer, cayeron muertos o se quedaron como masas, que acompañaban heroicamente -y también eran acompañados y cuidados- a los alzados en armas.

El haber pasado de la labor concientizadora religiosa a la labor de organización social-campesina y de ésta a la labor político-popular y de ésta a la político-militar puede estimarse como una exigencia de la propia dinámica despertada en el comienzo en relación con la situación de máxima injusticia que vivía El Salvador. Incluso pueden estimarse como buenos y necesarios los escalones posteriores. El error comienza cuando se estima que los escalones posteriores son los superiores y cuando, además, esos escalones llevan consigo la destrucción de los primeros, con lo que la escalera queda al aire y, lo que es peor, quedan sin cultivo las bases verdaderas de todo el proceso. Se llegó a pensar que sólo el campesino armado era un auténtico revolucionario y que quien no llegaba al nivel de las armas no había completado su carrera. Pero entonces la condición de campesino resultaba adjetiva y de ella apenas se tomaba otra cosa que el conocimiento del terreno y su capacidad de subsistir pegado a la tierra sin las necesidades y las debilidades de los combatientes de origen urbano.

Este mismo proceso fue el seguido con sus diferencias por las otras organizaciones y movimientos de masas. Para finales de 1981 ya apenas quedaba trabajo de masas. Todo se había jugado a la carta de la ofensiva final y/o de la insurrección popular. Era una opción y, dados los pasos previos radicalizados que se habían dado y dada la magnitud de la represión, hasta una necesidad histórica. Se consiguió con ello un indudable robustecimiento militar del FMLN, que daría muestras indudables de su potencia de 1983 en adelante (ECA, 1986, 169-204), pero se dejó en abandono a la mayor parte del pueblo, que pasará a ser cultivado en lo religioso por formas tradicionales de pastoral junto a las formas proselitistas de las nuevas sectas, en lo social por un robustecimiento de la acción cooperativa y sindical en conexión con las posibilidades nuevas de la reforma



agraria y en lo político por la resurrección de los partidos a quienes se les había decretado precipitadamente acta de defunción, tras las fraudes electorales del setenta y dos y setenta y siete. El ciclo estaba cerrado y las masas otra vez abandonadas, esta vez además con el trauma tremendo de haber perdido en una lucha aparentemente inútil para sus intereses inmediatos y para sus esperanzas futuras treinta o cuarenta mil de sus miembros.

Pocas cosas dejan tan en claro el efecto conjugado de la aceleración insurreccional, de la militarización de las organizaciones y de la represión gigantesca, acompañado todo ello con la realidad de la guerra, que la respuesta efectiva de la mayor parte del pueblo salvadoreño, de aquella parte que podría entenderse como el conjunto de las masas populares. Cerca de un millón de salvadoreños huyó de su lugar de origen: quienes pudieron lo hicieron al extranjero y quienes tuvieron otra suerte lo hicieron hacia zonas no en conflicto, hacia zonas donde no pudiese ser descubierta su antigua afiliación a las organizaciones. Si unos pocos miles se fueron con el FMLN, fueron cientos de miles los que huyeron y no aceptaron el paso hacia la militarización revolucionaria, prefiriendo dedicarse con un mínimo de seguridad a resolver sus necesidades básicas y a emprender un nuevo estilo de vida. Esta fue en un primer momento la respuesta espontánea de las masas, la respuesta 'masiva' de la población. Quedó un pequeño resto con los combatientes, al que se llamó de nuevo las masas, pero con ello las masas ya no representan una instancia autónoma con dinamismo y estructura propia sino el apéndice más diluido -no siempre por falta de convicción o de valentía sino por cuestiones de edad, condición o salud- de la guerrilla que sería la expresión suma y vanguardia del proceso de transformación del país.

La relación con las masas de las distintas organizaciones político-militares, que hoy componen el FMLN, fue históricamente muy distinta antes y después de la ofensiva final. Hubo organizaciones mucho más militaristas y otras más populistas, hubo organizaciones más obreristas y otras más campesinistas, hubo organizaciones más abiertas a alianzas y otras más cerradas.



..

Pero con todas las diferencias queda en pie el problema de si las masas deben constituir una organización propia, que no tiene por qué subordinarse a ninguna otra instancia política o militar y que debe autogestionarse conforme a su propia naturaleza de tipo social más que político o deben ser siempre algo subordinado a las vanguardias para quienes serían, según los casos, un ejército de reserva, la cobertura y el amparo que necesitan o la fachada no clandestina que permite formas de lucha complementarias. Hoy el FMLN no duda de que necesita masas y de que debe trabajarse con ellas y servirse de ellas en una estrategia única. Lo vio así ya en 1980 con la CRM y lo ha vuelto a ver ahora en que comprueba las grandes limitaciones de la lucha armada. Pero si hay un mínimo de memoria vigilante y aleccionadora, no puede seguirse el mismo camino de entonces, porque aquel camino, además de suponer un verdadero genocidio para el pueblo salvadoreño, supuso la destrucción por varios años del movimiento de masas y de las organizaciones populares, extremo que podrá ser considerado inconveniente por la dirigencia del FMLN pero que es fatal para el proceso histórico del país, ya que esa organización de las masas y ese movimiento popular debería ser la auténtica fuerza social que controlase el poder político sin pretender convertirse en un poder político que controlase la fuerza social. Hoy se da de nuevo un espacio para el movimiento de masas, hoy se vuelve a dar de nuevo un poderoso movimiento de masas. Por eso hoy vuelve a ser problema la "cuestión de las masas", un problema que si no se plantea y se resuelve adecuadamente volverá a suponer el fracaso del movimiento popular, aunque este fracaso no llegara a adoptar los caracteres de holocausto de los últimos años.

## 2. La situación actual del movimiento de masas

Lo anteriormente dicho no pretende ser una síntesis histórica de lo que ocurrió al movimiento de masas en el período 1975-1982 sino tan sólo un recordatorio de algunos puntos principales, discutibles en su interpretación, pero indiscutibles en la problematización que plantean. Con ello se busca y se pide estar atentos a lo que hoy de nuevo empieza a pasar no vaya a suceder que se tropiece de nuevo con gran sacrificio en la misma piedra. Lo que a continuación vamos a apuntar tampoco pretende ser una síntesis de lo que hoy está siendo el movimiento de masas, llámesele movimiento popular,



acción sindical o de cualquier otra forma.

Lo primero que ha de decirse es que hay de nuevo un poderoso movimiento de masas y que este movimiento no es de una sola afiliación ni se dirige todo él en la misma dirección. Evidentemente no sólo los revolucionarios pretenden su propia organización de masas sino también los que se dicen democráticos y los que sirven tendencias clara y directamente contrarrevolucionarias. Desapareció ORDEN, al menos en su formalidad, como uno de los logros más ambiciosos en su intención de la Primera Junta tras el golpe del 15 de octubre de 1979. Desaparecieron después en el fragor de la lucha movimientos de masas, especialmente campesinas, como FECCAS, UTC y ATACES, mientras federaciones sindicales obreras como FENASTRAS eran arrinconadas, perseguidas y deslegalizadas. Pero quedaron en pie aquellos sindicatos que se llaman a sí mismos democráticos y que no quisieron unirse al movimiento revolucionario tal como es el caso de FESINCONSTRANS o de la CGT. Resistió ANDES, el sindicato magisterial que políticamente se considera a sí mismo como movimiento de masas, pero que por su origen y su naturaleza no lo es socialmente. La debacle del 80-82 no arrasó de la misma forma con todos los movimientos de masas.

El proyecto norteamericano-gubernamental empezó pronto a preocuparse de nuevo intensamente con las masas campesinas en la línea 'democrática' de la IADSL y con la infraestructura y experiencia pasadas de la UCS de línea reformista anti-comunista. Las nuevas cooperativas del sector reformado constituyen una nueva posibilidad para que los campesinos lucharan desde lo suyo y para mantener lo suyo. La UPD primero y la UNOC después quisieron presentarse como la alternativa popular contra el extremismo comunista de la izquierda, pero también contra el militarismo y los extremismos de la derecha. También ellos habían pagado su cuota de sangre en la represión y también ellos sentían la dificultad de vivir y aun sobrevivir en una situación de injusticia estructural y de consiguiente represión, como la que constituía la esencia misma de la realidad salvadoreña. El planteamiento no era distinto del que hacía la democracia cristiana y aun la administración Reagan, obligadas en la situación de El Salvador a un vocabulario y aun a ciertas medidas un tanto progresistas precisamente para contrarrestar las demandas de unas masas muy conscientes de sus necesidades y de sus derechos.



Si se distingue de lo que es la intencionalidad gubernamental y norteamericana lo que es la intencionalidad campesina y obrera y se distingue lo que es la expresión de las bases de lo que es el manejo de las cúpulas, también en estos movimientos de masas se hace presente la realidad del país, una realidad que por sí misma es un reclamo de cambios sustanciales. La posible evolución de la UNOC, no obstante los divisinismos y la corrupción, hacia planteamientos más coherentes con las necesidades inmediatas y futuras de las mayorías populares, no deja de ser interesante.

También el movimiento revolucionario de masas ha empezado a recuperarse, a organizarse y a cobrar vida pública. Su concreción más notoria desde enero de 1986 es la UNTS, en la que se aglutinaron en un primer momento movimientos de masas reformistas y democráticos (CST y UPD entre otros) para quedarse más tarde con su núcleo más radical y revolucionario. Llama la atención, sin embargo, que los aglutinados en este movimiento sean en gran medida sindicatos pertenecientes al sector servicios y/o al sector estatal, aunque cuenten también con bases estrictamente obreras y campesino-cooperativas. La propaganda gubernamental y de la derecha se autoengañan y engañan cuando presentan a todo este movimiento como una pura fachada del FMLN, como el frente de masas de la lucha revolucionaria. Están cometiendo con ello el mismo error que cometieron con las organizaciones de masa de los setenta, que ciertamente pararon en manos del FMLN pero que no comenzaron como tales sino como estrictos e independientes movimientos y organizaciones de masas que procuraban sus propios intereses y que sólo se diluyeron en el FMLN cuando la intransigencia gubernamental y la prisa revolucionaria les obligaron a ello. Una cosa es que el FMLN se sirva de determinadas organizaciones o que éstas respalden eventualmente posiciones del FMLN y otra muy distinta es que esas organizaciones sean cascarones vacíos tras los que se esconden las fuerzas guerrilleras. La manipulación es posible y la desorientación también; incluso es posible la pérdida de la propia identidad, pero si ésta puede perderse es porque se la tiene y está dada tanto por las necesidades objetivas como por la conciencia de la intolerabilidad de la misma y de la urgencia de la lucha. Así como las organizaciones de la UNOC no son puros cascarones movidos por el gobierno o



por la embajada norteamericana a través de la AID, del IADSL o de asesores especiales -aunque se de todo ello-, tampoco las organizaciones de la UNTS son cascarones movidos por agentes y consignas del FMLN, aunque el movimiento revolucionario procure apoyarse en las fuerzas que le parecen más afines.

Párrafo aparte merecen las llamadas oficialmente masas, entendidas como el conjunto de población civil, que no usa armas ni echa mano de la violencia, pero que se suponen simpatizantes y colaboradoras del FMLN y viven en las zonas de persistencia guerrillera o en las zonas militarmente más conflictivas. Contra ellas lanzó en el pasado la Fuerza Armada verdaderas masacres (Sumpul, Mozote, etc.), ejercitó maniobras de tierra arrasada (Guazapa, Morazán, etc.) y obligó a desplazamientos forzosos y/o a vivir como alimañas bajo tierra. Aunque no con la misma crueldad y destrucción todavía sigue la persecución de esas personas indefensas por medio de bombardeos de toda índole y acciones militares, impedimentos a vivir y trabajar en sus lugares de origen, obstáculos casi insuperables para recibir medicinas, alimentos y los insumos necesarios para sus pequeños cultivos, que además suelen ser arrasados con frecuencia so pretexto de que sirven a la alimentación de la guerrilla.

Quedan otros grupos más indiferenciados. Tal es el caso de la potencialmente fuerte y numerosa FESINCONSTANS, hoy alineada muy estrechamente con el gobierno y con ciertas tendencias del PDC. Tal es el caso también de otros grupos mucho más conscientes como la CTS, que no obstante su afiliación a la CLAT, defiende vigorosamente los derechos de los trabajadores aun en contra del gobierno y toma posiciones críticas en el problema del diálogo. Lo mismo cabe decir de AGEPYM, muy sensible a las necesidades de sus asociados y muy consciente de la incapacidad de la estructura actual militarizada para resolverlas. Organizaciones como la CTS y AGEPYM son prueba de un espacio social de masas del máximo interés por estar mucho más preocupadas y ligadas con la realidad y las exigencias de sus bases que con proyectos políticos supra-estructurales, referidos directamente a la toma del poder o al mantenimiento del mismo, sin que esto implique olvido alguno de la relación inseparable entre lo social y lo político, aunque sin llegar a subordi



nar lo social a lo político.

Se dan asimismo otras formas incipientes de organización popular, nacidas no desde arriba y con intencionalidad predominantemente política sino desde abajo y con intencionalidad predominantemente social. Tal es el caso, sobre todo, de las comunidades marginales sean o no de desplazados. Organizaciones como la CCM y otras similares se esfuerzan ante todo en dar respuesta a las necesidades de quienes la guerra, la falta de trabajo, el terremoto, etc. han hecho sus víctimas. Esas necesidades se muestran ante todo por su cara inmediata: lugar donde establecer la champa, materiales para ésta, servicios mínimos, alguna forma de trabajo de la que obtener unos mínimos recursos, defensa mutua de su lugar y de su seguridad. Pero esas necesidades inmediatas les remiten fácilmente a las causas de las masas, pero no hasta el punto de que la preocupación por la remoción de las causas remotas -para ellos sumamente abstractas y lejanas- les haga olvidar la lucha contra los efectos inmediatos, que les imposibilita la vida cotidiana. Este tipo de organizaciones, menospreciadas por muchos y atendidas sobre todo por instituciones eclesiales o humanitarias, no deja de ser un problema grave para la cuestión de las masas, no sólo por sus necesidades objetivas sino por sus potencialidades de acción y por el inmenso número que representan en la orilla misma de los centros urbanos. El que no sean masas insurreccionales y el que estén sujetas a influjos divisionistas y diversionistas no las invalida en modo alguno, antes son una prueba manifiesta de la complejidad del problema y de la riqueza de la solución.

Tales son a grandes trazos la división actual del movimiento de masas. Su sucinta enumeración y descripción, que acabamos de hacer, muestra, por lo pronto, dos cosas. Una, que se da de nuevo un poderoso movimiento de masas, tras la desertización a la que fue sometido este campo en los años anteriores; otra, que ese movimiento de masas, para que resulte de verdad operativo respecto de sus propios intereses, necesita una nueva estrategia, que aprenda del pasado lo que no se debe hacer y aprenda del presente lo que es posible hacer. Todavía en este apartado vamos a detenernos en el primer punto, dejando para el último apartado de este edito-



..

rial, lo que se refiere al segundo.

El que se haya vuelto a dar tan pronto un poderoso movimiento de masas, me nos radicalizado y organizado que el de la fase anterior, pero no con menor potencial es, sin duda, muy significativo. Parecería que después de sesenta mil asesinados, de un millón de desplazados y refugiados, en medio de una guerra civil, no podría revivirse tan pronto un movimiento de masas. No ha sido así y es menester preguntarse por qué.

La primera respuesta radical está en la situación real en que se encuentran las mayorías desposeídas del país, la mayor parte del pueblo salvadoreño. Esa situación está integrada por dos vertientes: las necesidades objetivas que afectan a la subsistencia y pervivencia de grandes partes de la población y la conciencia bastante desarrollada de que tal situación no es ni justa ni irremediable; fundamentalmente es ese apremio de las necesidades objetivas la que se ha reflejado en la conciencia, una vez que esta conciencia ha quedado no sólo desbloqueada sino despierta e iluminada por toda una serie de modos informales de concientización. Hay otros países en que las necesidades objetivas no son menos lamentables -caso, por ejemplo, de Honduras-, pero, además de que en ellos no se ha dado de la misma forma el elemento dinamizante de la represión, ha faltado sobre todo la iluminación de las conciencias con el fuego a la vez clarificador y encendedor de la palabra viva; hay otros países y sectores que se calientan la cabeza y los ánimos con soflamas revolucionarias de distinta índole, pero a esas excitaciones no responde una realidad correspondiente. En el caso de El Salvador los dos elementos se dan de forma armoniosamente combinadas. Obviamente éste no es el caso de todos los salvadoreños, ni siquiera de todos cuantos viven en pobreza crítica o al borde de ella. Hay sin duda muchos miles de ellos abrumados por el peso mismo de la realidad y de la historia, que les mantiene fatalistas o desconfiados, inactivos o escépticos. Las encuestas ofrecen todavía -y no sólo entre las masas potenciales- altos porcentajes de quienes no esperan ninguna solución o la esperan tan sólo de Dios. Pero, a pesar de estos grandes números para quienes la tarea única es salvarse día a día de la muerte y del hambre, son otros muchos en los que la conjunción de sus necesidades y de su conciencia les impulsa a actuar y a organizarse.



..

La segunda respuesta está en el trabajo de concientización y de politización. Hay en este terreno una gran riqueza acumulada, debido a un largo trabajo hecho desde la base y hecho desde la altura. No todo ese trabajo, ni mucho menos, se debe a la agitación marxista, aunque el pensamiento dominante en El Salvador es que todo reclamo por la justicia social es marxismo más o menos encubierto. La Iglesia, las universidades, vigorosos intelectuales como el caso tan olvidado de Masferrer, partidos políticos de izquierda y aun partidos meramente opositores al gobierno de turno como fue el caso del PDC durante mucho tiempo, la labor de los maestros, el propio movimiento sindical y cooperativista... todos estos factores han ido produciendo su resultado en las conciencias. Obviamente según sea la concientización y politización así será la interpretación de esas necesidades y la dirección tomada para resolverlas.

La tercera respuesta está en la posibilidad de acción de masas que se ha visto forzada a dar el plan norteamericano-salvadoreño diseñado para sacar adelante el llamado proceso de democratización. Las masas han demostrado una combatividad cierta, paulatinamente adquirida, en sus luchas reivindicativas y de protesta; otros grupos de masas han entrado decididamente por el camino de los reclamos y de las huelgas o paros. Todo esto, sin embargo, no es más que una cara de la moneda. La otra cara, manifestada incluso en formas ostentosas de pacifismo por los cuerpos de seguridad, es que se ha hecho parte integral de la estrategia política total el ser máximamente permisivos ante los conflictos laborales y los desórdenes callejeros. La administración Reagan y el gobierno de Duarte necesitan hacer ver al mundo y especialmente al pueblo y al congreso de Estados Unidos que se está dando un avance notorio en los derechos humanos con plena libertad democrática de organización, de movilización y de manifestación. Hasta llegar a las ráfagas al aire que en dos acciones especialmente violentas dispararon algunos miembros de los cuerpos de seguridad habían transcurrido meses y decenas de manifestaciones, en que ni siquiera se hicieron presentes cuerpos policiales antidisturbios. Con esta práctica se pretende demostrar que la oposición no necesita acudir a las armas porque se cuenta con un espacio político casi indefinidamente abierto. A pesar



de que los líderes públicos sindicalistas y cooperativistas son plenamente conocidos y se les atribuye pertenencia no probada al FMLN, no sólo no se les hostiga, retiene o detiene sino que se les permite toda suerte de manifestaciones en vivo a través de la radio y de la televisión. El gobierno piensa que es mayor el bien propagandístico que consigue dejando a los líderes y a las masas realizar acciones combativas en las calles -otra cosa muy distinta es con las acciones que tienen que ver directamente con la marcha de la guerra- que el mal real de una cierta agitación urbana, en la que sólo participan unos pocos centenares bien identificados, que pueden ser neutralizados con toda facilidad. Lo que unos estiman conquista propia valerosa, los otros estiman concesión propia útil para conseguir fines mayores. Puede quedar la duda de hasta cuándo se va a prolongar esta política y cuál va a ser el grado de tolerancia frente a determinados tipos de acciones. De momento el gobierno prefiere seguir acciones legales y los sectores más duros de la Fuerza Armada no han logrado imponer su idea de que es menester dar signos de mano dura. Se está llegando tal vez a ciertos extremos en que puede saltar la chispa y romperse el equilibrio, lo cual obligaría a convertir la protesta pública en acción clandestina y violencia urbana. Frente a estas la Fuerza Armada tomaría otra posición por cuanto interpretaría ese modo de actuar como una forma explícita de guerra. Se cerraría con ello otra vez el círculo y desaparecería cierto tipo de movimiento de masas para convertirlo en guerrilla clandestina.

### 3. Hacia una nueva estrategia del movimiento de masas

El principio fundamental de una nueva estrategia de masas debe ser que éstas no sólo deben ser autónomas y deben constituir autónomamente sus propias organizaciones sino que deben también decidir autónomamente cuál debe ser su estrategia y sus tácticas así como sus alianzas. Contra este principio no deben valer ni los dogmatismos pseudo-científicos ni los utilitarismos subordinantes. No hay que esperar a que la masa se convierta en pueblo como se ha repetido desde diferentes magisterios y con distintos supuestos. Es la masa misma, con los catalizadores que se necesiten, quien debe determinar a su ritmo y a su modo lo que quiere ser y lo que quiere hacer. Sobre todo cuando la situación de las masas es la que objetiva y subjetivamen



..

te se da en El Salvador, cuando se dan unas necesidades objetivas extremadamente apremiantes, se tiene suficiente conciencia de lo intolerable de esta situación y se tiene experiencia de qué caminos pueden ser útiles y cuáles llevan a un precipicio, se debe confiar en las masas que se concientizan, se organizan, se movilizan y se alían, sin perder de vista su papel protagónico, que no necesita ser hegemónico.

Al contrario dar por asentado que lo bueno para el país y para las masas es un determinado proyecto político y económico, sea éste el de una revolución que debe ser propulsada por una alianza obrero-campesina o sea el de un proceso democrático en el que a través del juego de los partidos se llegará al bien general, y que, por tanto, los movimientos de masas han de so meterse a esos proyectos y han de subordinarse a los conductores de los mismos, las organizaciones político-militares o los partidos, es confundir lo secundario con lo primario y es en el fondo menospreciar la dignidad y la voluntad efectiva de las masas. Suele recurrirse a la historia, cuando no a postulados más o menos científicos, para desvirtuar la capacidad de las masas en la búsqueda y encuentro de lo que es mejor para ellas y conse cuentemente de lo que es mejor para la mayoría de la nación. Pero el recurso a la historia también está listo para probar los catastróficos resul tados que han dado en distintos países la confianza irrestricta en el sistema de partidos o la conducción no equilibrada por parte de representaciones artificiales del proletariado o de las mayorías populares. Todo tiene sus peligros y si las masas tienen peligro de pasividad, de ingenuidad, de inme diatismo, etc., quienes las pretendensustituir en su propia autodeterminación tienen peligros de demagogia, de explotación, de discriminación, de to talitarismo. Es posible que no baste el puro juego de masas para la con ducción correcta del país, es incluso probable que las masas en cuanto tales y sus organizaciones no deban apetecer el poder político, pero nadie mejor que ellas mismas irán sabiendo lo que les conviene hacer y nadie mejor que ellas sabrán con quién aliarse y qué proyecto apoyar sin que estas decisiones se le impongan sea por el brillo de las consignas sea por el peso del dinero.



Suele decirse que las masas conocen y sienten mejor que nadie sus intereses inmediatos, pero no sus intereses fundamentales. Tal afirmación es doblemente engañosa por lo que toca al conocer y por lo que toca a los intereses o necesidades. Quien suponga que conocer es dar razón cabal y científica de algo puede sostener esa afirmación, pero esa afirmación no tiene por qué imponerse como absoluto. Quien suponga que los intereses inmediatos no están ligados con los fundamentales, de modo que estos sólo son posibles de alcanzar cuando aquellos están en vías de cumplirse, puede estar obligando torpemente a que las masas pierdan sus raíces realistas para perderse en idealismos, bellos en sí mismos, pero inalcanzables. Cuando las necesidades inmediatas se convierten en continuas se constituyen en fundamentales y se abren por sí mismas al ámbito de la fundamentalidad; no hay nada más fundamental que la sustentación de la propia vida y la elevación de la vida biológica asegurada a formas más altas de existencia. Esto no obsta a que esta articulación haya de ser elaborada lo más críticamente posible, porque ni siquiera las masas tienen el don de la infalibilidad y del acierto permanente en las cuestiones que les afectan. Pero más importante que ese acompañamiento teórico, sujeto por su propia naturaleza a múltiples desviaciones idealistas cuando no ideologizadas, es el mantener despiertas a las masas y entrenarlas en modelos de discernimiento, que permitan avances seguros por más que no sean excesivos o demasiado rápidos.

No significa esto que las masas sean todo de modo que las no-masas y el que hacer de las no-masas quede nulificado. Significa tan sólo que tienen su entidad propia, que esa entidad debe velar por su autonomía y que esa entidad tiene un enorme peso y fuerza a la hora de balancear los procesos. Precisamente por ello queda abierto el problema de las articulaciones y de las alianzas no sólo en el mismo plano de lo social sino también en el plano supraestructural de lo político. Las masas se articularán con quien ellas quieran y apoyarán los procesos y las fuerzas políticas que les parezcan más convenientes para defender sus intereses permanentes, expresados como tales por sí mismas y no por otros; se opondrán asimismo a quienes contradicen esos intereses y con ellos los intereses generales. Pocos sectores sociales podrán representar de manera mejor los intereses generales que las masas populares en cuanto éstas son mayoría y en cuanto reflejan con gran realismo los



..

males estructurales de una sociedad y las posibilidades efectivas de arreglo.

De todo ello se desprende que las masas no deben ser apéndice de nadie ni en su organización ni en su actividad. Hay que distinguir aquí entre las masas organizadas y las no organizadas. Las no organizadas, mientras no lo estén (en movimientos populares, en comunidades, en sindicatos, en cooperativas, etc.), pueden quedar reducidas a instrumento de otro tipo de organizaciones (partidos, organizaciones político-militares, iglesias, etc.), de las que representarán de un modo o de otro -ciertamente con muy distinto peso y significado según los casos- su frente de masas. Pero las masas organizadas en cuanto organización de masas no deben subordinarse, puesto que en esta subordinación no sólo queda disminuida y desvirtuada su propia realidad sino que resta enormemente empobrecido y desequilibrado el proceso histórico. Querer usar las organizaciones de masas, por ejemplo, para ganar unas elecciones como fue el caso de la UPD en 1984 o para apoyar a un gobierno determinado como fue inicialmente el caso de la UNOC o, al contrario, quererlas usar para desestabilizar un gobierno, para extender la guerra a la ciudad o para engrosar las filas guerrilleras, es un abuso de las mismas y lleva a su destrucción o, al menos, a su desvirtuación. Las organizaciones de masas pueden servir para eso y para otras cosas, si así es su voluntad, no tanto la de sus dirigencias y cuadros como las de sus bases. Pero no son primariamente organizaciones-para eso, ni su realidad y actividad deben limitarse ni subordinarse a eso. No tienen razón quienes interesadamente tildan de políticas determinadas acciones sindicales o gremiales como si las organizaciones de masas no tuvieran derecho a incidir sobre los procesos políticos. Aunque no debe confundirse un proceso social con un proceso político, no hay duda de que ambos procesos están unidos y aun tienen zonas superpuestas. Los movimientos de masas, por ejemplo, pueden estar reclamando el que termine la guerra a través de la negociación -punto fundamentalmente político- porque, si no se termina así con la guerra, los intereses sociales suyos no pueden ser satisfechos; los movimientos de masas pueden exigir que cese la injerencia norteamericana en los asuntos del país -punto de nuevo formalmente político- y esto no sólo en su condición de ciu



..

dadanos sino como movimientos de masas, pues esa injerencia no permite que se hagan realidad los intereses fundamentales de las masas. Pero el preocuparse y luchar en esta línea de lo político no puede hacer olvidar que su cometido principal está en robustecer su estructura social y su naturaleza propia para ser lo que son y para realizar lo que deben.

Insistamos en este punto desde otra perspectiva. Los sucesos pasados en los diez últimos años muestran, como lo indicamos brevemente en párrafos anteriores, que muchas organizaciones de masas fueron devoradas por la vorágine política y politizante de otro tipo de organizaciones, quedando así no sólo desvirtuadas sino desaparecidas del todo. La raíz de ello no está en que quisieron ser más de lo que eran sino en que al buscar ser más dejaron de ser lo que eran. Una universidad para ser una buena universidad debe ser más que una universidad, un sindicato para ser un buen sindicato debe ser más que un sindicato, un gremio de maestros para ser un buen gremio de maestros debe ser más que un gremio de maestros. Los ejemplos pueden multiplicarse. Esta necesidad de ser más estriba últimamente en que todo grupo es más de lo que es y sólo puede ser lo que es en relación con otros y en relación con el todo. Pero si la fuerza exteriorizante y relacionante descoyunta el núcleo originario, lo que debía ser polo autónomo se convierte en satélite de modo que la sal pierde su propio sabor y entonces no sirve para nada. Cuando una universidad deja de ser universidad, un sindicato deja de ser sindicato y un gremio de maestros deja de ser un gremio de maestros, traicionan por un lado su propia realidad y empobrecen después su contribución específica al proceso. Lo que es un texto se convierte en un pretexto y los pretextos son cascarones falsificados y falsificantes. La conclusión es obvia: las organizaciones de masas deben ser ante todo lo que son, deben considerarse a sí mismas como tales, deben actuar desde su propia especificidad y no deben someterse a tensiones que las invaliden. Creer que la generalización abstracta de ser oprimido y reprimido opera más efectivamente que las concreciones reales en que se manifiesta esa opresión y represión, implica la negación de un materialismo correctamente entendido. Cuando lo abstracto e ideal pierde su conexión con lo concreto material, lo universal con lo local, todos los gatos parecen negros, pero no es porque lo sean sino porque es de noche. En definitiva



..

lo socio-económico-cultural tiene mayor realidad y vigencia que lo político y aunque se da una clara determinación e interacción entre las distintas esferas, no sólo son esferas distintas sino que, desde el punto de vista de los valores, unas son más importantes que otras.

Por eso no tiene sentido el plantear que es menester morir a la dimensión social de las masas para resucitar en la dimensión política de los partidos o de las organizaciones político-militares. Aunque coyunturalmente y por breve espacio pudiera justificarse un poner entre paréntesis los intereses inmediatos, que las cúpulas suelen tener más o menos satisfechos, y un arriesgarse más personal que institucionalmente, aunque también esto, para conseguir unos resultados notorios en el cambio de los marcos estructurales, esto carece de justificación, si se prolonga indefinidamente, si no tiene éxito previsible y si lleva consigo el debilitamiento crónico o la desaparición de las organizaciones sociales de masas. Las determinaciones en contrario de minorías elitistas, no importa cuánto sea su capacidad, su valor y su sacrificio, o de postulados pseudocientíficos deben someterse a la dura verificación de la realidad. Consignas como las de vencer o morir que implican la subordinación de todo a un triunfo revolucionario, pueden ser muy heroicas pero no son siempre muy verdaderas desde la perspectiva real de la satisfacción básica de las necesidades de las mayorías populares en determinados contextos históricos.

No significa esto que se debe dejar de luchar. Pero quienes entienden de guerra popular prolongada -y se elige ese punto de referencia por lo que tiene de compromiso comprobado con las mayorías populares sin hacer por ello distinciones entre las distintas organizaciones políticas militares- deberían entender también lo que es la lucha social popular prolongada. Si tal vez para ellos ha llegado la hora de ir convirtiendo la guerra popular prolongada en política popular prolongada, parece también llegada la hora de que las masas inicien su lucha social prolongada, que partiendo de sus intereses y necesidades, no por inmediatas menos profundas y fundamentales, busquen el modo de resolverlas mejor y más permanentemente y desde ese modo busquen cómo incidir también en el curso general de los acontecimientos políticos.



Desde este punto de vista ha de sostenerse que los procesos actuales de radicalización y aceleración por un lado y de cooptación y reblandecimiento por otro no son los más convenientes para el movimiento de masas en el período en que nos encontramos. Ni estamos en un momento de crisis en que el empuje de todas las fuerzas progresistas pueda dar paso a una situación sustancial nueva -supuesto del movimiento revolucionario- ni el proceso de democrático tiene valores suficientes para que ningún tipo de organizaciones de masas renuncie a su lucha para consolidarlo. No hay a la vista ninguna posibilidad de triunfo revolucionario ni hay tampoco posibilidad de que el proceso democrático, dejado a su propio impulso, vaya a traer al país la paz y la justicia que son tan necesarias y urgentes.

La radicalización y la aceleración, reflejada estos meses en las calles de San Salvador, puede ayudar a extender y complejizar el conflicto, pero no lo va a resolver y está poniendo en peligro no sólo la especificidad del movimiento de masas sino incluso la existencia tan indispensable de un movimiento de masas, si se quiere de talante revolucionario. No se trata de que la UNTS se haya convertido en fachada del FMLN y en mera ejecutora de directrices que provienen de la comandancia general. La UNTS, si es fiel a sus bases, representa también una fuerza social autónoma, de la que su dirigencia no debe separarse. Algunas huelgas han sido seguidas casi masivamente por los sindicatos que las han propuesto, aunque ha sido minoritaria la presencia de las bases en tipo de manifestación más radicales y combativos. Hay aquí una dualidad y en esta dualidad no deben sacrificarse las bases y sus necesidades sociales a las cúpulas y sus pretensiones políticas sino al revés. Porque la fuerza social de la UNTS y de cualquier otra organización de masas no está en la combatividad sino en la consistencia de la misma y en la razonabilidad -acomodación de los medios a los fines prudentemente determinados en cada coyuntura- de sus acciones. La aceleración está en pugna con la acumulación y la radicalización está en pugna con la confiabilidad. La acumulación de fuerzas, la consolidación de las mismas y la efectividad, por lo pronto social, deben ser los objetivos aun de aquellas organizaciones y movimientos de masas, que ven la necesidad de cambios estructurales en el país. El talante y valor revolucionaria



..

rio no deben medirse ni por la militarización en la montaña ni por la comba lucha en las calles. Todo lo respetables que puedan ser esas formas de lucha, no tienen por qué presentarse como ideales. Llevan consigo una carga de militarismo y de violencia, que pueden ocasionalmente ser necesarios, pe ro que realmente e idealmente no dejan de ser males, que han de ser supera dos cuanto antes. Pensar que Mons. Romero, los sacerdotes asesinados, los dirigentes del FDR masacrados y tantos y tanto otros héroes anónimos no están entre quienes más han contribuido a cambiar sustancialmente la situa ción del país, es pensar equivocadamente no sólo desde el punto de vista de los valores sino también desde el punto de vista de la eficacia.

En el otro extremo está el peligro de la corrupción y del servilismo sea a las patronales sea al gobierno. En este caso es todavía más grave el problema. Pueden darse grandes cascarrones y aun grandes concentraciones sin que esto redunde para nada en favor de las mayorías populares y del cam bio que es conveniente para esas mayorías, más allá de la satisfacción de sus necesidades más urgentes. Las organizaciones de masas que alinean en este extremo son engañadas de nuevo por razones políticas: lo importante es derrotar al comunismo internacional y establecer en el país una democra cia formal burguesa. No son para eso las organizaciones de masas y dedica- das a ello no sólo pierden su especificidad sino que traicionan a las mayo rías populares. Nadie está obligado a ser marxista-leninista para defender la causa de las mayorías populares, pero es una opción y ha de aceptarse que mucho de lo conseguido por la clase obrera en el mundo occidental se ha de bido a presión directa o indirecta de corrientes y movimientos marxistas. Puede lucharse por la justicia desde otras perspectivas y con otros mode los sociales y políticos, sea porque se estimen mejores sea porque se los considere coyunturalmente efectivos. Pero tampoco aquí lo importante es apoyar formas determinadas de hacer políticas sino constituirse en una fuer za efectiva para llevar a la práctica los intereses populares. También aquí hay una dualidad porque las bases tienen unas necesidades bien pre ci sas y no van a poder ser engañadas a la larga por unas directivas, que pre textan servir pero que en realidad buscan ser servidas. La presión de las bases, que como tales tienen las mismas necesidades y aspiraciones de otras organizaciones más radicales, debe operar no sólo en la línea de la acumula



..

ción sino en la línea de la transformación y de la efectividad profunda. Las necesidades objetivas que afectan a la mayor parte de la población en cuanto a alimento, salud, educación, vivienda, trabajo, etc. son de tal magnitud y la urgencia de una solución negociada al conflicto es tanta, que cualquier organización de masas, por muy moderados que sean sus principios y muy grandes sus cautelas y desconfianzas, tiene mucho que hacer para exigir cambios profundos e inmediatos.

Pero las organizaciones de masas ya existentes no agotan las posibilidades. No sólo cada una de ellas puede ampliar mucho sus bases y consolidar su acción sino que hay espacio para el surgimiento de otras. El mundo de los desplazados y marginados apenas ha entrado todavía en el proceso de organización, no obstante representar un porcentaje importante de población; algunas de las organizaciones ya nombradas u otras incipientes atienden algo a este gran número de la población. También programas gubernamentales o municipales tratan de servirse de esta población sea en la línea de la contrainsurgencia (CONARA, UPR, etc.) o en línea electoral. Y, sin embargo, queda todavía mucha población, extremadamente pobre, que no vive en los centros urbanos y a la que apenas llega forma alguna de organización.

Consideración especial merecen las masas que viven en zonas de conflicto. También estas masas deben ser respetadas en el modo que han elegido de vivir y de actuar y se les debe dar un trato jurídico especial por cuanto de hecho viven en una situación límite, presionadas por ambas partes en conflicto y obligadas a sobrevivir en condiciones de excepción. El conjunto de la población que vive en esas zonas, simpatice con el FMLN y su proyecto o con el gobierno y sus planes, debería ser respetado escrupulosamente por ambas partes en conflicto, no sólo con el cese de toda forma de violencia contra ellos sino con el respeto positivo de su voluntad política, atendiendo al principio de que no puede imponerse todo el peso de la ley allí donde la ley no tiene peso por cuanto el poder está de hecho compartido. Por otra parte obligar a esas masas a ser instrumento del ejército o de la guerrilla es irrespetarlas y ponerlas en peligro inminentes y graves. Cualquier individuo está en el derecho de elegir sus simpatías políticas lo mismo que los grupos libremente constituidos. Pero, si se cree en un verdadero trabajo de masas, debe respetarse a quienes directamente



..

miran por el desarrollo social de las mismas, aunque esto traiga dificultades militares o políticas a las partes en conflicto. Los derechos humanos están por encima de los derechos revolucionarios o los derechos democráticos.

En definitiva la cuestión de las masas es no solo en la actual coyuntura sino en la estructuración misma del país una cuestión de enorme importancia. Según se la enfoque puede llevar a una nueva catástrofe para ellas mismas y para el país como ocurrió en el período 80-82 o puede llevar al fortalecimiento de una solución popular al conflicto total en que se debate hoy El Salvador. El recuerdo vigilante de lo ocurrido, la visión lúcida de lo que está pasando, la generosidad en poner por delante los intereses sociales sobre los políticos, la prudencia en las acciones, podrían ayudar mucho en este momento en que por diversas razones estratégicas y no puramente tácticas se está abriendo un espacio bastante seguro para una creativa acción de masas.

Agosto 11, de 1987.

